

LA PIPA DE MAGRITTE

MANUEL DURÁN¹

Una obra de arte puede, a veces, transmitir un mensaje, comunicarnos una idea que nos hará reflexionar. El arte religioso es buen ejemplo de esta transmisión de ideas y sentimientos. También el arte inspirado por ideas políticas. (Pienso en el cuadro en que David nos muestra un Marat asesinado). La propaganda política o comercial invade nuestra conciencia con múltiples mensajes, tanto si nos agradan como si nos irritan. Un grabado del holandés Escher, en que parece que el agua de un conducto tiende hacia arriba en lugar de bajar por su propio peso, nos hace dudar de las leyes de la física, que creíamos inmutables.

El pintor surrealista belga René Magritte creó en 1926 un cuadro, en apariencia muy sencillo, pero que ha causado buen número de comentarios y reflexiones. Es un cuadro que nos hace pensar. En efecto: Magritte pinta una pipa en forma muy realista, una pipa grande, que llena casi todo el lienzo. No podemos dudar: Magritte pintó una pipa. Y, sin embargo, en letra cursiva muy clara y tradicional, Magritte agregó en la parte inferior de su cuadro un mensaje turbador. El artista escribió “Esto no es una pipa”. (Claro está que como su

¹ Manuel Durán Gili (1925) es profesor emérito de *Yale University*. Autor de 48 libros sobre Calderón, Cervantes, Fray Luis de León, Fuentes, Lorca, Machado, Neruda, Nervo, Paz, Quevedo y Valle Inclán, entre otros. Ha publicado alrededor de 180 artículos sobre teoría, crítica literaria, literaturas comparadas, historia de la literatura y varias ediciones críticas. Entre sus últimos libros se destacan su *Diario de un aprendiz de filósofo* (2007), *El viento del sol* (2011) y *Obra poética completa* (México 2013).

lengua era el idioma francés, lo escribió en francés: “Ceci n’est pas une pipe”)

En unos cuantos segundos nos damos cuenta de que sin duda Magritte tiene razón. No podemos usar como instrumento para fumar lo que es simplemente una pintura de ese instrumento, y nunca podremos llenar de tabaco la cazoleta de la pipa tan cuidadosamente pintada por el artista.

En efecto, la pipa de Magritte nos invita a pensar. Imaginemos ahora la siguiente escena: un mexicano fiel devoto de la Virgen de Guadalupe se halla frente a la Basílica, ha llegado quizá caminando arrodillado, sufriendo sangrientas heridas en sus rodillas y llega finalmente frente a la sagrada imagen de la Virgen. Ahora siente el éxtasis y la indescriptible felicidad que emanan de la imagen sagrada. Pero de pronto aparece bajo la imagen una inscripción, quizá inspirada por un espíritu malicioso que ha conocido el arte de Magritte y recuerda la ya famosa pipa. Y la inscripción proclama: “Esto no es una Virgen”.

Imaginemos la irritación del creyente, su intensa cólera, su indignación sin límites. “Esto no es una Virgen” destruye, o trata de destruir, el lazo que existe, imborrable, en la mente del creyente entre la imagen, hecha de materiales físicos, pintada con colores creados por seres humanos y la presencia ideal de un ser sobrehumano, divino, digno de adoración, que escucha nuestras penas, las alivia, y pide ayuda a su Hijo para consolarnos.

Comprendemos ahora que la pipa de Magritte no es solamente un ejercicio de ironía, sino también una invitación a considerar que existen dos posiciones, en apariencia irreconciliables, acerca de nuestra relación con las imágenes, incluso las más sencillas, pues las imágenes pueden ir más allá de lo concreto cotidiano, más allá del arte: pueden, incluso, introducirnos en el mundo de lo sagrado, y, todavía más, nos pueden llevar a otro mundo mucho más antiguo, el mundo de la magia.

Pensemos ahora en un “artista” frente a los muros de piedra de la cueva de Altamira, o de Lascaux, o tantas otras, incluyendo el monte sagrado en pleno desierto de Australia. Nada hay que podamos llamar “decorativo” en las pinturas que el “artista” va a ejecutar. (Por lo general, estas pinturas aparecen en cuevas oscuras, que muy pocos irán a explorar). Se trata más bien de imágenes mágicas, trazadas por un chamán o brujo (también había entonces brujas y hechiceras que pudieron llevar a cabo el proyecto: se trata, en efecto, de una aventura

del pensamiento, abierta a ambos sexos y esta aventura tiene un nombre: se llama magia).

Volvamos ahora a la cueva de Altamira, o quizá a la más dramática de todas las pinturas rupestres, la cueva de Lascaux y ahora tratemos de someterla a la prueba (prueba inventada por mí y que, por tanto, tiene cuestionable validez científica y que yo llamo “la prueba de la Pipa de Magritte”), y tratemos de reconstruir la respuesta del “artista” que acaba de pintar tan bellas imágenes de caballos, ciervos, y muchos otros animales. Nos preguntamos qué se proponía. No estoy del todo seguro, naturalmente, de la respuesta. Pero creo que la interpretación de la mayoría de los antropólogos sería: el artista, representante de su tribu, posiblemente, o más bien probablemente, era un brujo, o chamán, y creía que al pintar aquellos animales, que la tribu deseaba cazar, los acercaba a los cazadores, los hacía más accesibles y casi garantizaba el éxito de la cacería. Un lazo, invisible pero sólido, acercaba al cazador y su presa. La palabra (aquí traducida al lenguaje plástico, al dibujo de los animales en la pared de la cueva), era la cosa, el objeto, en este caso un objeto vivo, un animal atado con irresistibles lazos a sus cazadores. El lenguaje del arte combinado con la magia ofrecía la victoria a los hambrientos cazadores neolíticos. La palabra (a través del arte) nos acercaba a la cosa, es decir, los animales que los seres humanos deseaban capturar. La respuesta del artista neolítico sería, quizá, que el bisonte que salta en la cueva de Altamira, y ha seguido saltando siglo tras siglo, es y no es un bisonte vivo. Es más bien un bisonte ideal, que representa a todos los bisontes vivos, y por tanto ayuda a los seres humanos a entenderlos a todos, vivos hoy y para siempre, y a acercarse a ellos.

Empezamos a comprender que las pinturas en Lascaux y Altamira no son decorativas, pues forman parte de un sistema más vasto. Yo diría que el sistema mental que sostiene el arte de las cuevas mencionadas es parte de una revolución mucho más amplia, compleja, y duradera que todas las revoluciones políticas descritas por la historia, incluso la francesa y la rusa. Es un cambio radical en la mente y el corazón de los seres humanos, acosados por una vida miserable, brutal, sumamente corta, asediados por el hambre, los tigres de largos colmillos, el frío, las enfermedades, y los constantes ataques de las tribus vecinas. Algunos seres humanos de gran imaginación e increíble capacidad creadora, algunos verdaderos genios, decidieron que había que cambiar las reglas del juego. Por una parte, rechazaron la idea de

que la muerte, la muerte de los seres humanos, era definitiva. No, no morimos del todo; nos trasladamos a una región nebulosa y mal definida, nuestras almas (idea totalmente nueva, que seguirá perdurando siglo tras siglo), casi convertidas en sombras, no mueren; son todavía capaces de comunicarse con los seres humanos vivos, en especial con sus descendientes, darles consejos, avisarles de posibles peligros. A su vez, sus descendientes les rinden homenaje, adornan sus tumbas, les llevan comida y bebida a las tumbas en ciertos días. (Una visita a cualquier humilde morada en la China de hoy nos convencerá de la actualidad del llamado Culto a los Antepasados. Veremos un altar en una esquina, retratos de antepasados, velas encendidas.) (Y no olvidemos el muy mexicano Día de los Muertos.)

Por otro lado se desarrolla un amplio sistema mental, paralelo y complementario. Es, simplemente, la magia, que opera casi siempre a través del lenguaje, o de la pintura, la escultura, y también las máscaras, que pueden cambiar nuestra personalidad, aunque a veces, en la llamada “magia simpática”, son gestos y movimientos sin palabras los que aspiran a cambiar o torcer las leyes de la naturaleza. Queremos que llueva: iniciamos una danza, arrojamos al aire miles de plumas, que al caer simulan gotas de agua, y quizá, esperamos, las nubes comprenderán, imitando las plumas, y la benéfica lluvia empezará a caer. Los miembros de la tribu bailan sin cesar. Los tambores hacen vibrar el espacio. Pronto se producirá el milagro, es decir, las leyes del mundo natural serán superadas por ritos mágicos. Y si la ceremonia no acaba de funcionar será reforzada por un sacrificio humano, que constituye una oferta que los dioses no podrán rechazar. (Pensemos ahora, en términos de cultura moderna influida por el pasado, en el ballet de Diaghilev-Stravinsky, “La consagración de la Primavera”.)

Otras veces, es el lenguaje el agente poderoso que inicia los cambios. Puede, en fórmulas de conjuro, volver a traer a nuestro lado a alguna persona ya difunta, para que podamos pedirle consejo, suplicarle que nos revele el porvenir. (En la Biblia, es la Bruja de Endor la encargada de tan importante función.) Pero, desde luego, hay que tomar precauciones, ya que las palabras son poderosas, incluso peligrosas. Hasta hace poco un campesino italiano no pronunciaría jamás la palabra “Diavolo”, porque el Diabolo podría aparecer de pronto, con riesgo para todos, y diría más bien “Diamine”, palabra inerte, neutral. Y un judío ortodoxo no escribirá o pronunciará el nombre de Jehová; lo substituye por cuatro letras, pues si en efecto invoca a Jehová y

este acude y surge de pronto a nuestro lado, nos veremos incendiados, volatilizados, como si una bomba de hidrógeno hubiera estallado ante nosotros.

Comprendemos ahora que hay dos clases de palabras. Unas, las más numerosas, son las palabras corrientes, designan cosas, personas, situaciones, movimientos. Fueron posiblemente, probablemente, inventadas por cazadores neolíticos que al enfrentarse a un animal grande y peligroso tenían absoluta necesidad de operar en grupo, y recibir constantes instrucciones de algún cazador que dirigía la operación. Son palabras prácticas, no mágicas. Pero a su lado, y en circunstancias especiales, aparecen las palabras mágicas, potentes, peligrosas, capaces de cambiar el mundo, de crear milagros, de separar las aguas del Mar Rojo para que Moisés y los suyos puedan huir, de levantar a Lázaro y darle nueva vida. (Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo están penetrados por actitudes mágicas y repletos de milagros.)

Los brujos estaban muy cerca de los jefes de la tribu, contribuían a afirmar la cohesión del grupo, y podían a veces amedrentar a otra tribu vecina pero hostil (“Nuestros brujos son mejores que los vuestros”). Estos grandes cambios tienen lugar en todas las culturas primitivas, pero por desgracia no podemos precisar ni las fechas aproximadas en que se produjeron ni cuál fue el punto de partida geográfico desde el cual se efectuó su expansión (yo creo que, como la invención del arco y la flecha, bien pudo ser un descubrimiento efectuado en forma independiente en cada centro del mundo prehistórico).

Es indudable que los brujos o magos estaban creando con su imaginación un mundo nuevo. Ni Colón, ni Magallanes, ni Cook llegaron a explorar tan vastos continentes. Sus viajes mentales significaban victorias para los seres humanos. Se podía modificar la marcha del mundo exterior gracias a los principios de la magia, y usando las palabras adecuadas. Nunca estuvieron las palabras tan cerca de las cosas, pues en realidad los magos o brujos estaban creando situaciones nuevas, cambiando el mundo exterior gracias a las palabras que ellos escogían. (Por lo menos era lo que creían).

La palabra magia nos acerca a su vez a un hecho histórico de inmensa importancia: la religión, o mejor dicho las religiones. El creyente mexicano frente a la imagen de la Virgen de Guadalupe nos sirve de introducción a muchas otras situaciones en las cuales la palabra y la cosa, o bien la palabra y la acción, entran en indisoluble pacto.

Una fórmula o frase mágica ha de ser pronunciada con toda exactitud. En un famoso cuento de *Las Mil y Una Noches* la frase que abre una puerta es “Ábrete, Sésamo.” Si me equivoco y digo, por ejemplo, “Sésamo, ábrete,” la puerta no se abrirá. (Algo parecido ocurre con nuestras modernas computadoras. Si algo falla en la dirección que escribimos, si falta una letra o una coma, el mensaje no llegará.)

Los antiguos egipcios se aprendían de memoria las frases necesarias para hablar con los jueces que iban a pesar sus almas y decidir si podían vivir una segunda vida. Si el difunto no pasaba el examen, parte importante del cual era pesar su alma, con el alma en un platillo de la balanza, y en el otro platillo una ligera pluma, su alma era devorada por un horrible monstruo, y el ser humano moría para siempre.

Observemos, de paso, la importancia casi obsesiva que el Culto a los Antepasados adquirió en el Egipto antiguo. Sin la necesidad de obtener una protección sólida para la vida perdurable que tanto deseaban los egipcios no se habrían construido las Pirámides, ni la tumba de Tutankhamon, entre otras mil maravillas de la cultura egipcia.

Y si de la cultura egipcia pasamos a otras culturas del Medio Oriente podremos igualmente observar también el impacto de la magia y los milagros, y el valor de ciertas palabras específicas para crear situaciones mágicas. Desde luego, abundan los milagros en las tradiciones del Islam. Mahoma, montado en un hermoso caballo blanco, sube al Cielo para recibir directamente los mensajes de Alá. De una diminuta ánfora o botella saldrá de pronto, debidamente invocado, un enorme *djinn*, o sea un genio de inmensos músculos que se pondrá al servicio de la persona que lo ha puesto en libertad. Aladino y su lámpara maravillosa contribuyen a la creación de un ambiente mágico. Más al Este, ya dentro del área del budismo, numerosos monjes tibetanos rivalizan en prácticas ascéticas que les permitirán llevar a cabo increíbles milagros.

Mientras tanto, en el Occidente europeo la atmósfera mágico-religiosa va decreciendo muy lentamente a través de los siglos XVI, XVII, y XVIII. La huella de la magia en la literatura de estos siglos es muy considerable. Shakespeare, por ejemplo, nos ofrece las tres brujas de *Macbeth*, el fantasma en *Hamlet*, el brujo Próspero en *La Tempestad*, entre otros ejemplos. No olvidemos la obsesión por las brujas en los siglos XVI y XVII, con miles de víctimas en toda Europa, sobre todo en Alemania. La persecución pasará al Nuevo Mundo, con las brujas de Salem, en Massachusetts.

Un gran astrónomo y matemático, Johannes Kepler, que de paso se ganaba la vida trazando horóscopos, cambiaba a menudo de domicilio para proteger a su madre, acusada de bruja. Y el gran genio matemático y físico, Isaac Newton, malgastó muchas horas y mucho dinero entregado a su hobby favorito, la alquimia.

Solamente a fines del siglo XVIII y principios del XIX, se entrevé un cambio que anuncia tiempos más modernos: cuando el astrónomo y matemático Pierre-Simon de Laplace terminó un estudio de las galaxias y las matemáticas celestes mucho mejor que las tentativas de otros astrónomos, y entregó un ejemplar a Napoleón, este lo felicitó, pero le dijo que observaba que en su estudio Laplace no había mencionado una sola vez la palabra “Dios”, y Laplace le contestó que no había tenido necesidad alguna de invocar la ayuda de ninguna divinidad para terminar felizmente su proyecto.

Si nos preguntamos ahora cuál ha sido el impacto de las dos grandes revoluciones prehistóricas, la magia y el Culto a los Antepasados, en nuestras sociedades del siglo XXI, parece evidente que las dos han persistido, aunque con diferente fortuna. (Y trataré de dar cuenta de ello sin perder de vista la ya famosa “Prueba de la Pipa de Magritte”, sin la cual mis conclusiones carecerían de objetividad y también de base científica).

El mayor éxito, indudablemente, lo ha tenido el Culto a los Antepasados. Se ha incorporado a varias grandes religiones, y muchos de nuestros contemporáneos, incluso los que no dan muestras de gran devoción, creen vagamente que probablemente, posiblemente, y quizá con algo de suerte, una segunda etapa más allá de la muerte no puede ser descartada del todo. Es una creencia reconfortante, a pesar de que carecemos de pruebas claras al respecto.

La magia, por otra parte, no ha sido tan afortunada. Casi nadie cree en la validez de la magia tradicional, ciertamente no en los países desarrollados. Y, sin embargo, sigue ocupando un lugar importante en la llamada “cultura popular”, en los libros y las películas en torno a Harry Potter, en films espectaculares o en los teatros de los casinos de Las Vegas y otros lugares parecidos. Es una forma degenerada que refleja la decadencia de la verdadera magia primitiva. Se ha roto el fuerte lazo que unía “las palabras”, las palabras mágicas, y “las cosas”, en este caso los resultados de las palabras mágicas, en su desesperada tentativa de cambiar las reglas del juego y darles una ligera ventaja a

los seres humanos que luchaban por subsistir en el ambiente hostil y cruel en que vivían.

Debajo del estrado en que un prestidigitador con sombrero de copa o turbante intenta sacar el consabido conejito o la blanca paloma de su sombrero de copa habríamos de colocar un letrero que diga: Este no es un mago.



La traición de las imágenes (La trahison des images, 1928-1929), serie de cuadros de René Magritte, conocido también como Ceci n'est pas une pipe. Museo de Arte del Condado de Los Ángeles (LACMA).